

El lento correr

Sandra Castrillón Castrillón

Escritora, Doctora en Educación, profesora de la Facultad de Medicina Universidad de Antioquia, sandra.castrillon@udea.edu.co

Mamá dice que cuando me recuerda de niña ve a una pequeña despeinada chupándose el dedo, descalza, empeñada en mirar, obcecada con el transcurrir del tiempo, pero al poco rato ya no me ve; apenas se oye el eco de unos pasos que han echado a correr.

Puedo recordar mi vida con cierta fidelidad a partir de los cuatro años, y puedo recordar ese día, el sabor terroso de la sangre en la boca me asalta de nuevo en ciertas circunstancias, sobre todo en aquellas en las que me enfrento a dramas demasiado decisivos sobre mi existencia, el sabor a sangre se instala como para avisarme que sigo viva, por encima de esa supuesta tragedia. Una alarma instalada en el cuerpo como una huella mnémica presta a disparearse.

La escena de ese día transcurrió en el campo, el viento iba y venía a su gusto en la amplitud de los cafetales, en la intemperie del llano.

Yo siempre estaba afuera. Es un privilegio de los niños campesinos: el aire y la clorofila les ensancha los bronquios y los alvéolos. Los dedos de los pies adquieren esa amplitud que le permite al pie resistir por mayor tiempo las planicies de tierra árida o peñadas de hierba. Contaba cinco años, ya conocía los riesgos de saltar acequias y burlar la sagacidad de los perros de montaña.

Eran generosos los dominios del prado que resguardaba el antejardín de mi casa, pero no era suficiente para mis cinco años, empeñados en extender la mirada hacia un poco más allá del límite de los picos de las montañas. La casa era el nido protector donde se incubaban los sueños, pero también era las puertas abiertas a

un universo de pinos y senderos de tierra que no tenían fin.

He vuelto a esa casa un par de veces, siendo adulta. Desde la cerca, la casa era el dibujo infantil de todas las casas que dibujé de niña, que aún dibujo, cuando me abandono a las crayolas y los vinilos con Dora y me empeño en cercar y delimitar las paredes pardas y los árboles agrestes de naranjas que todavía desgranar sus frutos en la dilatación de la grava. Siempre están allí la cerca abierta al camino y los palomos arrulladores que vigilaban el tejado de tejas simétricas.

El acontecimiento de ese día fue aquel accidente infantil, pequeño, casi desapercibido y sin consecuencias físicas perdurables. En algún momento salí de casa a toda prisa, seguro perseguía a Marlene que había prometido ir hasta el pozo de los Sánchez a pescar renacuajos.

Marlene y Simón, mis primos tramposos e intuitivos que ponían un pie donde habían avizorado el ojo, tenían en el cuerpo la costumbre de no aquietarse, de navegar el aire a como diera lugar. franqueábamos las cercas de los terrenos de nuestras casas y avistábamos la propiedad vecina, ensayando a recorrer esos bosques extranjeros, no permitidos, ajenos a nuestro dominio. Comíamos lo que íbamos encontrando: guamas, mandarinas, zapotes; los carrillos de Simón siempre estaban llenos y brillantes, obedeciendo a ese cuerpo aguerido que no podía apaciguarse. Marlene, siempre erguida como una guerrera amazona, nos hacía levantar de nuevo: “hoy vamos hasta el pozo de los Sánchez”, ordenaba, y nosotros, diminutos pero altivos, con nuestros cinco años, arremetíamos como si Alaska fuera el puerto a conquistar.

En algún momento los perdí de vista, supuse que iban más adelante, el viento, por la marcha a toda prisa, me sesgaba la escucha.

Entonces caí.

Muy momentáneo y sutil, ese instante en el que los pies vadearon en el aire sin sostén, descansando de los terrenos burdos que vivencia la planta del pie al correr sin zapatos. Caí, sin tregua, en una mágica alucinación de vuelo, el golpe fue seco y rotundo, dicente, imperativo.

Caí, sintiendo el aflojamiento del diafragma o la tráquea, de algún órgano que seguramente aprovechó la levitación del organismo para suspenderse y, no obstante, dolerse de la descarga súbita en tierra firme, y soñé, ausentándome para no presenciar el trauma del dolor de mi cuerpo sacudido. Como siempre, soñé con las arañas, bellas y titánicas, tenían ese color fluorescente con las que las acicalo en sueños, como si dándoles el poder de ser radioactivas, irreales, pudiera ganármelas y no sucumbir al terror infinito que me causan. Debí de ser la imagen de una niña dándome cabezazos para despertarme de una pesadilla allá, en el fondo de ese hoyo artificial, donde los trabajadores habían extraído tierra y emplazado aquel abismo, al fondo del cual mi cuerpo se extendía, tan horizontal como podía, de cara a un cielo espléndido de abril.

Cuánto duró el sueño, cuánto tiempo transcurrió en lo que fue aquella huida onírica, donde las arañas, como siempre, descubrían mis infinitos terrores hacia ellas, las pintara del color que las pintara, por lo que también en sueños precisaba de una carrera veloz. El sueño debió prolongarse un poco más de una hora, el tiempo suficiente para que el organismo anesthesiara las consecuencias de aquel aterrizaje.

Me despertaron las hormigas que me transitaban las manos, los pies, el cuello, los oídos aguzados que regresaban de la presión atmosférica de la carrera y el vuelo. Yacía el sabor en la boca: la sangre coagulándose en las encías y los dientes, me acicalaba el dolor general, el dolor crónico de una pierna que desfiguraba por su encogimiento la extensión del resto del cuerpo. No me moví por un tiempo; temía a la alarma dolorosa que a cualquier signo de marcha arremetía como fuego, por eso presencié la emigración de esas aves blancas, parecidas a las cigüeñas, que graznaron muy alto

desde ese cielo que seguía siendo azul, barnizado en sol, puro calor sobre mi rostro sudoroso, y escuché a los loros y los arrieros, confabulando en su dialecto de zureos, en esa armonía de gorjeos y demandas, casi podía asistir al picoteo incesante del carpintero en el cadáver de un tronco deshecho.

Escuché la llamada de mamá a lo lejos, al parecer estaba cerca de casa.

Y supe que podía incorporarme, a pesar del dolor persistente en la pierna, e iniciar esa marcha de saltitos torpes de rana o de cabra rota. Me lastimé aún más escalando la pared de tierra de la concavidad a dónde había caído, pero me soportaban los sonidos de la quietud que me rodeaba: el tránsito del viento doblando las hojas, un grillo vociferando a deshoras un cantico melancólico.

El freno de la prisa, ese correr constante que restaba atención a esa otra carrera del silencio, a esa pluralidad de imágenes y sonidos veloces que solo la observación procura, había disparado un arsenal de movimiento donde antes no había reparado, los oídos capturaban voces de tubérculos, la frustración de una flor en decaimiento.

Logré salir del hoyo, emprendí el camino de regreso a casa.

Tan pequeña y prolija en reinenciones, con los petirrojos pisándome los talones, dueña de ese universo de árboles indomables y enredaderas. Y, no obstante, tan receptora de lo que dictaba ese momento para la existencia, reinventando el trauma en el buen sentido de la palabra.

Mamá me divisó desde la puerta de casa, con esa manera que tenía ella de mirarme: cabeza ladeada, en su intento de enfocarme en movimiento, esta vez vi su cabeza enderezarse y echar a correr para auxiliarme, a esa niña de cinco años que cojeaba a la distancia, pero que parecía embeberse la lentitud de su marcha, saborearse la lucidez de reconocer el camino, por primera vez, extasiada con el movimiento de su perro que se levantaba para salir a su encuentro. ■

